

Nadie sabe lo que cuesta instalar uno de estos centros, sobre todo en países como España, donde no los ha asimilado aún la vida colectiva, y donde, por consecuencia, ni las edificaciones ni el personal ni los varios elementos requeridos se encuentran en lo que pudiéramos llamar relación corriente. Hace algunos días, hablando del *Dispensario para niños de pecho* fundado por los marqueses de Casa Torre, decíame una señora conocida por sus obras benéficas: «Para fundar otro se necesita tener disponible otro doctor Ulecia.» Aunque no sea fatal la cooperación de nadie en nada, hay fondo de verdad en lo que afirmaba la señora, dada la falta de hábito de estas cosas, su exotismo. No estamos hechos a la labor colectiva, a nada que signifique unión de voluntades para obra social. Así se lo he indicado siempre a las feministas extranjeras que suelen interpellarme respecto a posibles intentos de reformas y mejoras por medio de Ligas, Asociaciones, Comités internacionales y otros sistemas análogos, que dan mucho gusto en tierras de allende el Pirineo.

\*\*

A bien que no nos tiene mimados Europa, ni suele guardarnos grandes consideraciones, y a bien que tampoco nosotros nos preocupamos mucho de los *aires de fuera*; pero si nos entregásemos a cultivar ilusiones, menudo jarro de agua el que nos echaba el Kaiser con su desembarco en Gibraltar y su retraimiento y claustración a bordo en Vigo.

El hijo del soberano—creo que uno de los chicos mayores, de esos príncipes guapos y fuertes que aseguran la dinastía de los Hohenzollern—no fué tan desdeñoso con nuestras orillas como su padre. Saltó a tierra en la Coruña, visitó el Consulado alemán, recorrió la ciudad alegremente, adquirió en las tiendas mil chucherías, especialmente panderetas y abanicos, y nos dejó el recuerdo de una cara juvenil, animada por la salud y un tanto bronceada por el aire del mar. ¿Qué dura razón de Estado ó qué severidades de protocolo y de consejo serán las que impidieron al padre hacer lo que el hijo? ¿Qué conveniencias, qué etiquetas, qué cálculos le salieron al paso y le bloquearon en su yate imperial? ¿Qué combinaciones europeas son las que ponen a España en parangón con ciertas casas adonde no se va nunca... en segundo lugar, porque se tiene un pie enfermo?

No es verosímil que nadie lo sepa, al menos aquí (justamente donde importaría averiguarlo). Lo que sí puede asegurarse, es que no se deberá esta abstención del emperador a que sea apremiante ganar nuestras simpatías y a que sin nosotros no se arregle el cotarro. Más bien parece que de nosotros se piensa que «amigo que no sirve y cuchillo que no corta...», etc.

\*\*

No sería justo prescindir de consagrar elogios a los viajes del rey. Ensalcemos que el rey viaje, y viaje mucho; si algo cabe objetar, es que se detiene en cada punto corto tiempo. Es evidente que en Barcelona no son quince días, no es ni siquiera un mes, lo que el monarca debe permanecer cada año—por mil razones que cualquiera adivina,—y el presidente que le aconseje muy largas visitas a Barcelona, le querrá bien y querrá bien a España. El amable carácter del rey, su simpática franqueza, le ganarán amigos y le conquistarán popularidad segura; él, a su vez, podrá apreciar, mejor que en Madrid, el valor del trabajo, el precio de las grandes actividades aplicadas a la industria y al tráfico, ocupaciones de los pueblos de vanguardia. En Barcelona tiene el monarca magnífico palacio. Puede estar en su casa, con todo decoro. Puede demorarse, dedicarse a conocer despacio la colmena catalana. Yo, por puro diletantismo, gasté un mes en ver algo, en traerme superficial idea de ese movimiento; y me pasaba el día recorriendo fábricas, en compañía de mi amigo Sánchez de Toledo, a la sazón gobernador civil de Barcelona. Las múltiples cuestiones relacionadas con la vida y necesidades de la clase obrera, no pueden ser indiferentes al jefe de Estado.

Una de las cosas más sabias y prácticas que realizó Isabel la Católica, fué aquella incesante serie de viajes al través de su reino, sin perdonar villas y aldehuelas trasconejadas. Hartas privaciones sufriría y con no pocas molestias se habría encontrado, en épocas tan atrasadas y en países a veces asolados por la guerra; por mucho que la atendiesen, el rigor de las intemperies y la escasez ó mejor dicho la miseria del solar castellano, se echarían de ver durante la jornada, que en ocasiones cogió a la reina en meses mayores. Pero todo podía darse por bien empleado, por

ser insustituible el conocimiento que al través de los propios ojos gana la razón. Nótese que en nuestro teatro antiguo siempre que aparece el rey viajando y llega a un pueblo, es para reparar alguna injusticia, para castigar desmanes de comandadores, capitanes y ricos hombres, para reencarnar ante sus vasallos la rectitud y el bien. Desde que los reyes austriacos se estacionan en sus palacios, en sus sitios de recreo y en sus cazaderos, descuidando aquella grave responsabilidad que les incumbe en manos de validos y de intrigantes; desde que los Austrias se inmovilizan como el sol en el centro del sistema planetario, comienza verdaderamente la decadencia española. La vida se retira de las extremidades y el corazón late débilmente. Perdemos a Portugal de un modo ya definitivo; perdemos poco a poco aquel deslumbrador patrimonio de conquista, la posesión de un continente, que aventureros y viajeros habían ganado para nosotros con el arranque de su temerario valor. Nunca un retoño de la sangre real cruzó los mares para conocer aquellas tierras legendarias. ¿Quién sabe lo que hubiese sucedido si en vez de virreyes enviásemos a América infantes, ó si el mismo rey se hubiese determinado a cruzar el Atlántico y conocer la riquísima herencia de sus mayores?

\*\*

¿Qué se come en la casa de los pobres? Esta pregunta me la he dirigido a mí misma sin encontrar respuesta satisfactoria infinitas veces. ¿Qué comen los pobres? Es decir, ¿qué artículo de los que se expenden en mercados, plazuelas y tiendas está al alcance, no precisamente de las bolsas vacías, de las pequeñas bolsas?

Esto que me preocupaba hace años, ahora empieza a preocupar a todo el mundo... No: por desgracia, no a todo el mundo; pues a pesar del clamoreo de la prensa y de los apuros de las masas de casa, nada eficaz se hace para atajar la pavorosa, espantable *suba* de los artículos de primera necesidad.

Las patatas, que son la carne del pobre; el bacalao, que es su salmón, su lenguado y sus langostinos, van poniéndose al nivel de las chuletas y de las perdices. No por eso se crea que van a comer perdices y chuletas los necesitados; lo que pasará sencillamente será que no podrán comer ni bacalao ni patatas ni cosa alguna; y que el hambre descarnada, auténtica, se enseñoreará de Madrid.

¿Sólo de Madrid? En los pueblos de provincia y en las mismas aldeas han encarecido los alimentos hasta un límite que debe alarmar, porque la población rural es la reserva de la patria y de la raza, y cuando no se come lo suficiente no hay labradores ni hay soldados.

Ya la carestía ha aguzado el ingenio, y funcionan los mataderos clandestinos y despachos públicos de carne de caballo—bajo el nombre de vaca,—ni más ni menos que si estuviésemos sitiados, sufriendo estrecho cerco de ejército enemigo. Esta clase de vianda dulzona, con dominó de tripa y en forma de embuchado, me figuro que no habrá madrileño que no esté familiarizado con ella, y por lo tanto no hay que asustarse; lo inédito es presentarla enmascarada de *beefsteak*. En París, como nadie ignora, ya se permite su expendición, previo un reconocimiento escrupuloso de veterinario. ¿Comer caballo? Es cuestión de gustos...

\*\*

No me parece mal síntoma que se empiece a divulgar la idea de que la endemia del tifus, que de tiempo en tiempo adquiere carácter de epidemia, se puede combatir y se puede desterrar. Cuando pende de la desinfección y del saneamiento el que se corrija uno de estos tristes fenómenos, es indudable que hay tifus y hasta viruela... porque se quiere que los haya. El tifus no es enfermedad fatal; no es enfermedad que resista a la observancia y cumplimiento de las leyes de la naturaleza reconocidas por la ciencia. Dadle a Madrid limpieza, agua, alimentación, aire puro, desinfección, y en Madrid no existirá el tifus, ó por lo menos sus explosiones se habrán contenido.

La viruela—ya se sabe—no hace estragos donde la vacuna es obligatoria y general. Lo malo es que la desinfección y la vacuna tiene enemigos jurados y escépticos infinitos, no solamente entre la gente humilde, sino entre las legiones en ese vulgo de levita de que hablaba Feijóo.

He oído a un señor que exclamaba:  
—¡En mis tiempos no había microbios (*sic*) y vivíamos más años que ahora!

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si se supiese cuánto trabajo representa establecer... cualquier cosa, se respetaría el esfuerzo humano, y se comprendería la vitalidad que representa, en ciertos países, esa abundancia de establecimientos benéficos, que ha sabido granjearse una fortuna y ahora sabe gastársela, dando su parte a los enfermos y a los pobres. D. Joaquín Santamarina es el verdadero patrono de la Casa de Salud, que recuerda, en su dulce nombre, la tierra materna, y declara el móvil de sentimiento que nos une al fundar un albergue transitorio para las muchas desdichas y naufragios de la salud, para esos conflictos aterradores que origina en los hogares pobres la aparición de la enfermedad crónica con su séquito de inutilización del trabajador y de dispendios imposibles de afrontar. Así es que, al lado del desprendido filántropo, debemos considerar como grandes patronos de la Casa de Salud a los médicos que capitaneados por D. Aurelio Enríquez, Director del Balneario de Cestona, desempeñarán en este Establecimiento gratuitamente las funciones de su profesión, y darán consulta y operarán a los que lo necesiten, limitándose, huelga advertirlo, a los medios y a la capacidad de la Casa.

No hay como ver estas cosas de cerca para experimentar dos sentimientos: el primero, ya lo dije, de respeto a toda iniciativa y a todo buen propósito; el segundo, de lo que llamaríamos inquietud y descontento benéfico; el dolor de no poder hacer mucho, mucho, ya que la suma de males y tribulaciones humanas es tan enorme. Equivalen siempre estas instituciones a un sorbo de agua en el desierto. Además, al considerar lo emprendido, un miraje nos figura lo que podríamos emprender, si la colonia gallega de Madrid se estrechase para lo que nunca es asequible a la acción de un particular, por más decidida que la supongamos. Las obras sociales se hacen social, no individualmente. El óbolo de cada uno es una fuerza inmensa.